

## Sesión necrológica

En memoria del Ilmo. Sr. Dr. D. José Cano Ivorra

Celebrada el 25 de junio de 2015

*José Cano Peral\**  
Hijo del Dr. D. José Cano Iborra

EXCELENTÍSIMO SR. PRESIDENTE,  
ILUSTRÍSIMOS SEÑORES ACADÉMICOS,  
SEÑORAS Y SEÑORES,  
FAMILIARES Y AMIGOS.

Quiero en primer lugar agradecer a La Academia este acto de homenaje a mi padre el Prof. Dr. José Cano Ivorra.

Mi padre, su colega, estuvo muy ligado a esta Institución. La respetaba y apoyaba en todas sus iniciativas y proyectos. Siempre pensó que la Reial Acadèmia de Medicina de Valencia debía ser una avanzadilla del conocimiento científico y de las disciplinas médicas.

Que debía fomentar el estudio, apoyar la investigación y procurar el reconocimiento de aquellos trabajos y personas que se esfuerzan y dedican su vida a conseguir una mejor salud y un mejor bienestar para sus conciudadanos. Así entendía el Dr. Cano Ivorra su estar y su quehacer en la Academia.

Muchas gracias, pués, a todos, y en especial a su presidente el Prof. Dr. D. Antonio Llombart Bosch, por la oportunidad que me brinda la Institución de compartir y recordar con Vds. la figura de mi padre.

No me ha resultado fácil preparar unas palabras sobre mi padre. Uno quiere, por un lado, ser breve, no alargarse demasiado. Pero por otro, quisiera contarle todo; y contarle bien para que la figura de su padre, el mío, brille como creo que merece.

Así que la pregunta que me ha inquietado desde que la Academia me invitó a pronunciar estas palabras fue qué podía contarles yo a Vds., qué podía traer yo a esta reunión de colegas, amigos y familiares, y qué faceta de la vida de mi padre podría narrarles o explicarles yo aquí para poder ampliarles su figura y personalidad.

Respecto a su actividad académica y el ejercicio profesional de la medicina y la cirugía, poco puedo añadir a lo que los doctores Carbonell, Trullenque, Gómez Ferrer y Medrano han compartido con todos nosotros. Por mi parte, lo resumiré confirmándoles que, efectivamente, mi padre, el Prof. Dr. Cano Ivorra, amaba su profesión.

Se entregó a ella con un espíritu vocacional admirable, sin importarle el esfuerzo, con respeto hacia sus colegas y amor hacia los pacientes.

Vocación, esfuerzo, respeto y amor. Éstas fueron sus cualidades, sus calidades, sus virtudes. Son las que nos transmitió a todos. Sin alardes, sin presunciones, sin falsas humildades. Y nos las transmitió por su forma de entender la vida, por su pensamiento y, sobre todo, por la vía de sus hechos y sus acciones.

Pero la pregunta que me hacía al comenzar estas palabras sigue sin resolver. ¿Qué puedo contar yo sobre mi padre?

A principios de los sesenta, hace ahora medio siglo, mi padre ganó la Jefatura del Servicio de Cirugía A del Hospital Provincial de Valencia. Se levantaba tan pronto, tan temprano para ir al trabajo, que en casa, mi madre bromeaba preguntándole si era él quien llevaba las llaves del hospital para abrirlo. A mi hermano Gaspar y a mí nos hacía gracia la ocurrencia de mi madre. Más tarde comprendimos que mi padre no solo se acostaba pensando en sus pacientes, sino que se levantaba bien temprano pensando también en ellos.

Esto podría dar a entender que por su celo profesional, mi padre dejaba de lado su vida familiar o nos desatendía. Pero no. Nada más lejos de lo que pudiera parecer.

Como les estaba contando, eran principios de los sesenta, y mi hermano y yo íbamos al Colegio Alemán. Por aquel entonces, el horario escolar incluía clases los sábados hasta la una y media de la tarde. Nada más sonaba el timbre, salíamos corriendo para casa y allí esperábamos junto a mi madre, Pilar y una perrita pointer llamada Rusa a que llegara mi padre. Casi sin tiempo a cambiarnos nos apretábamos entonces todos juntos en el Gordini, el modelo de la Renault de aquella época, y nos íbamos al huerto de Benidorm, un precioso huerto de naranjos y almendros, con corrales y establos para conejos, gallinas, cabras, mulos, machos y burros propiedad de mis abuelos.

No había ni autopistas ni autovías, solo la antigua carretera nacional que pasaba por todos los pueblos. Tardábamos algo más de tres horas. Durante el trayecto, mi padre le cantaba canciones a mi madre, después las cantábamos todos juntos, mi padre y mi madre contaban historias familiares, anécdotas, jugábamos a las palabras, a “de la habana ha venido un barco” y hacíamos planes para el domingo.

Siempre parábamos en Alquería de la Condessa a comprar toñas y en Benissa a recoger unas chuletas que nos tenían preparadas y que después, ya en Benidorm, asábamos a la brasa. No recuerdo haber vivido nunca una juerga parecida a la que nos montábamos en aquel viejo Gordini.

A la mañana siguiente, salíamos a pasear por la Serra Grossa, subíamos a La Nucía y, si el tiempo lo permitía, navegábamos en el “Scalpel”, un fueraborda de casco de madera hecho artesanalmente en los astilleros Orozco de Altea, en el que aprendimos a navegar y el esquí acuático. No recuerdo, tampoco, haber navegado nunca por un mar más bello y azul en mi vida. En resumen, nos lo pasábamos en grande.

El domingo por la tarde, cuando apenas habíamos pasado 24 horas en Benidorm, volvíamos a Valencia. Mi hermano y yo llegábamos agotados, rendidos, medio dormidos. Y mi padre aún tenía fuerzas para cogernos en brazos, subirnos a casa y meternos en la cama.

A la mañana siguiente, cuando todavía estábamos desperezándonos, escuchábamos a mi madre: “Pepe, ¿dónde vas tan temprano? ¿Es que

tienes que abrir el hospital?” e inmediatamente después se oía cómo se cerraba la puerta.

¿Que por qué les cuento este episodio familiar? Pues porque me gustaría que todos lo recordáramos como era, no solo en el hospital o en el quirófano o en la academia, sino también compartir con Vds. su forma de ser con su familia y con sus amigos.

Mi padre adoraba a su tierra, su pueblo, su lengua, a los suyos. Era divertido, lleno de humor, muy alegre, bromista, capaz de reírse de si mismo, pero sobre todas las cosas, mi padre era generoso con los demás.

Y es esta virtud, la generosidad, la que con el tiempo más he admirado y estimado en mi padre. Su generosidad nada tenía que ver con una descuidada prodigalidad que todo lo regala sin saber su valor. Tampoco se trataba de esa falsa generosidad calculada por la que se espera, antes o después, una recompensa.

Mi padre fue una persona generosa, de las que dan sin esperar nada a cambio, de las que siempre están atentos a las necesidades de los demás para acudir en su ayuda. A esto mi padre siempre estuvo dispuesto.

Así que cuando llegó el Dr. Manuel Grau a principios de los setenta y le propuso irse a Kitgum, en Uganda, a montar el Hospital de Sant Joseph, mi padre se fue para allá sin pensárselo dos veces. Mi madre, que le acompañó y animó siempre en todos sus proyectos, no quiso quedarse al margen. Yo mismo me apunté a la aventura y, de nuevo, casi sin cambiarnos de ropa, nos apretamos, esta vez no en un Gordini, sino en un destartalado avión de la KLM y volamos hasta allí.

Fueron, a mi entender, los mejores momentos en la vida de mis padres. Se levantaban pronto, muy temprano, para ir al dispensario, a la recién construida pediatría o a las primeras salas (o tendría que decir barracones) del nuevo hospital. Pero esta vez no era mi madre la que bromeaba. Era yo mismo quién al oírles salir pensaba: ¿Dónde van tan temprano? ¿Tendrán las llaves para abrir el hospital?

Cuando después de uno de sus viajes a Uganda mi padre nos contó que los acholi le llamaban Kuanamoi (el que acude cuando se le necesita) pensé que si aquellos africanos habían sido capaces de entender y reconocer a mi padre por su forma de ser, si ellos, tan lejanos, y yo mismo, su hijo, tan próximo, pensábamos lo mismo de mi padre, algo en común teníamos los humanos que nos unía por encima de razas, religiones, continentes, condiciones sociales e ideologías: saber reconocer a una buena persona.

Mi padre, falleció el pasado 2 de enero, y mi madre, como siempre, no quiso quedarse atrás. Apenas unas semanas después le siguió. Quiero pensar que allí donde estén, todavía, cuando le vea marchar temprano mi madre le dirá: “¿Pepe, dónde vas tan temprano? ¿Es que tienes que abrir el hospital?”. Nosotros ya no oiremos cómo se cierra la puerta. Pero nos queda su recuerdo.

Muchas gracias.